

91

BIBLIOTECA LIGERA

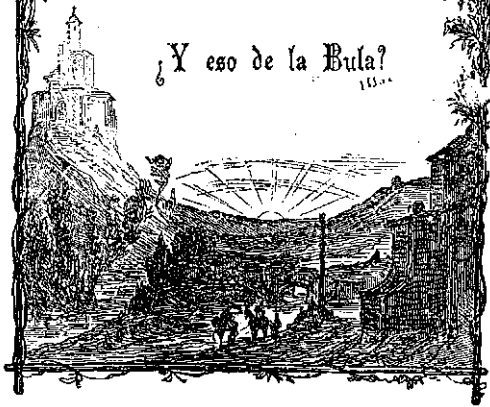
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

FOR

F. S. y S.

XIX.

¿Y eso de la Bula?



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

EL BUEN COMBATE

*facilitado á toda clase de personas por medio de
sencillos opúsculos de controversia popular.
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados.*

1. **El pan del pobre**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
2. **¿No es hora todavía?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
3. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar, por Antonio.
4. **El deber de la limosna**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
5. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.
6. **Sol de las almas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
7. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro I, por Mons. Gaume.
8. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro II, por Mons. Gaume.
9. **La acción antimasonica**, por el Dr. don Félix Sardá y Salvany, Pbro.

R. 3531078

12
65512

¿Y ESO DE LA BULA?

HABLEMOS también de *eso* de la Bula, *amigo mío*, y no me arredra el que te la hagan llamar con tal desprecio tus inveteradas preocupaciones. ¿Qué respetan hoy la incredulidad y la ignorancia? No es extraño, pues, que sufra también la Bula las recias arremetidas de los que en su insensato orgullo osan tomárselas hasta contra Dios. Veamos, pues, qué es la Bula, y presentemos luego como un manojito ó ramillete de las principales sandeces y necedades que se suelen aducir contra ella en son de poderosísimos argumen-

tos, poniendo al lado la fácil contestación que puede darles el más sencillo trabajador.

—¿Qué es, pues, la Bula?

—Es una concesión que la Iglesia ha otorgado á los fieles de España, en virtud de la cual les dispensa en ciertos días de la obligación de abstenerse de carnes, impuesta por ley general, añadiéndoles además algunas indulgencias y gracias espirituales de que mediante dicha Bula pueden aprovecharse y que en la misma constan.

—¿Puede la Iglesia conceder aquella dispensa y estas gracias?

—No puede negarlo quien sepa que la Iglesia tiene absoluta potestad legislativa en asuntos espirituales, y que en tal potestad entra, no sólo el derecho de imponer la ley de las abstinencias, sino el de dispensar de ellas, cómo, cuándo y en la forma que la Igle-

sia estimare conveniente. Tocante á la concesión de indulgencias y demás gracias, sabido es que á eso se refiere la potestad de atar y desatar que la Iglesia ha recibido de Jesucristo.

—¿De suerte que la Iglesia puede imponer á los fieles las obras de penitencia y mortificación que juzgue convenientes, y juntamente puede, después de haberlas impuesto, dispensar de alguna ó algunas de ellas?

—Sí, señor, eso puede. Y si eso no pudiese, no sería Iglesia, no sería autoridad suprema espiritual, no sería heredera y representante ejecutiva de la jurisdicción que tiene Jesucristo sobre nuestras almas.

—¿Y por qué impone la Iglesia tales mortificaciones?

—En primer lugar, porque puede y quiere. Para un católico ésta es la más concluyente razón, supuesto que sabe

que cuando la Iglesia manda como tal, siempre manda bien. En segundo lugar, por varios motivos que tiene y que no debo ocultar. La autoridad de la tierra tiene derecho para imponer multas á los que delinquen en la ley humana: así la Iglesia tiene facultad de imponer penitencias, ó sean castigos espirituales, á los que quebrantan la ley divina. Y como en esto todos faltamos, de aquí que para todos sea obligatoria la penitencia. Quien tal hace, que tal pague: esta es la ley. Y quien rehuse pagar aquí por medio de la penitencia sus deudas, pagará en el otro mundo con más graves costas y perjuicios. Pero la mortificación que impone la Iglesia, no sólo es castigo de las faltas cometidas, sino que es medida preventiva para evitar muchas otras. La Autoridad de la tierra puede, por ejemplo, dictar ciertas reglas de

policía é higiene civil, que no son otra cosa que mortificaciones (y algunas veces no pequeñas) para conservar la salubridad pública y evitar lamentables catástrofes. Así habrás visto que en determinados casos prohíbe la Autoridad la venta de ciertos alimentos, y los arranca de los puestos del mercado; otras veces prescribe ciertas medidas en las calles, personas y edificios, y el vecindario viene obligado á observarlas, guste ó no guste, cueste ó no cueste. Pues bien: lo que hace algunas veces la Autoridad temporal para la salud de los cuerpos, lo hace la Autoridad espiritual para la salvación de las almas. La mortificación y el ejercicio de la penitencia y de la piedad son la policía saludable, la higiene espiritual con que procura la Iglesia nuestro bienestar y saneamiento moral, como con aquellas otras procura

la Autoridad civil nuestro bienestar físico. ¿No es esto claro como la luz? Aquí tienes, pues, la razón de las mortificaciones cristianas.

—Comprendo. Pero ¿que tiene que ver eso con la Bula?

—A eso íbamos. La Bula significa la dispensa que la Iglesia tiene á bien concederte de alguna ó algunas de aquellas mortificaciones, y que *para que conste* te la da por escrito, así como por escrito te da el Estado el Diploma para ejercer una profesión, el título que te hace propietario, el pergamino que te hace conde ó marqués.

—¿De suerte que con un papel puedo comer carne, y sin el papel no?

—Es cierto, ciertísimo, como con un papel puedo ejercer la abogacía ó la medicina, con un papel soy brigadier ó general, con un papel soy propietario, con un papel puedo cazar ó viajar

ó casarme, y sin el tal papel ó papeles nada puedo hacer de todas estas cosas. Lo que hay es que la tal facultad no se me da por el papel, sino por lo que en el papel se contiene, esto es, por la autorización ó permiso que en él me viene consignado. Esto es la Bula, y nada más. Tú que este reparo me presentas, ¿te has tomado jamás la paciencia de leer la Bula? ¿no? Pues allí está contenido todo esto y muchas otras cosas más, y bueno fuera que empezaras por no hablar sino de lo que entiendes.

—Lo que hay es que la Bula se compra por unos reales, y ¡toda la sublime teología del asunto debe estar ahí! negocio como cualquier otro.

—Disparate, amigo mío, como cualquier otro, dirías mejor. No se pagan dos ni tres reales por la Bula, sino que se toma la Bula para acreditar que se

han pagado, lo cual es muy distinto y cambia por completo el aspecto de la cuestión. La Iglesia ha dicho: Permito á los fieles de España comer carne en tales ó cuales días que les tengo prohibidos, á condición de que den tal ó cual limosna por la que se lo quiero conmutar. En menos palabras. A los que quieran aprovecharse de este privilegio les conmuta la obra buena abstinencia en la obra buena limosna. Y como certificación de que aceptan esta conmutación y han dado esta limosna, pondrán su nombre al pie de una cédula que les entregaré. Tal es el lenguaje de la Iglesia. Tal es la Santa Bula. Tal es el carácter de la cantidad que al recibirla se paga. ¿Qué puede oponer á eso la crítica imparcial?

—Está muy bien dada la explicación, lo cual no quita que sea muy expuesto á malas interpretaciones eso de que

pagando se pueda comer carne ciertos dias, y no pagando no se pueda comer.

— Los incrédulos como tú son, amigo-mío, muy aprensivos y tienen (para hallar tachas en la Religión se entiende) una susceptibilidad tan exquisita, que por poco se les podría llamar monjitas escrupulosas. ¿Con qué pagando se puede comer carne, y no pagando no? Pues oye y confúndete. En la mayoría de los casos se puede comer sin pagar, exactamente como si se pagase. Lo cual echa por tierra la acusación de codiciosa é interesada que se quiere lanzar con aquella indirecta al rostro de la Iglesia católica. Sí, señor, en la mayoría de los casos se tiene el privilegio de la Bula sin gastar un céntimo. ¿Cuándo? me gritan sorprendidos una porción de atolondrados. En todos los casos de pobreza, amigo; casos que la Iglesia extiende de un modo tan la-

to, que para ella son pobres todos los que viven sólo de su jornal, casos que por lo mismo son innumerables, constituyen la mayoría. De suerte que tras tanto chillar y alborotar porque la Iglesia *vende* por unos reales el privilegio de comer carne ciertos días, salimos al fin con que á la mayoría inmensa de los fieles les vende ese privilegio... por un *Padre nuestro* y una *Ave María*, á la intención del Papa, cada día que tenga deseo de usar de él. ¡Voto á bríos! ¡Si es codiciosa y avarienta la Iglesia católica! ¡Oye, pues, y aprende lo que no sabes, incrédulo ignorantón! La Iglesia concede á las clases acomodadas, que son las menos, la consabida dispensa, mediante la obra buena de una limosna anual tasada por ella misma, según la condición ó fortuna; limosna que cada día gastas tú en la cosa más baladí: y á

las clases pobres, es decir (y digámoslo en serio), casi á todo el mundo, se lo concede mediante la obra buena de una oración. Es verdad que á ti, amigo mío, tan cuesta arriba se te hace dar una limosna como rezar una oración. ¿No es verdad? Punto en boca, pues, y deja á los hijos de la Iglesia que se entiendan ellos con su Madre, como ella desea y sabe, que de su bondad y desinterés no se quejarán.

—Sin embargo, eso del dinero... ¿No valdría más quitarle á la impiedad esa ocasión de crítica?

—No, no valdría más. Si valiese más, ya lo habría hecho la Iglesia, que sabe de sus cosas y de las nuestras más que tú. Poco le costaría cambiar esto de una plumada, pues pertenece á la disciplina, que se puede variar. Cuando hasta hoy no lo hizo, señal es de que cree que no lo debe hacer. Esta es la

razón de las razones para quien sea católico de verdad. Mas para darte gusto á ti que, según te explicas, pareces católico de *pega*, voy á apuntarte una indicación que tal vez te haga alguna fuerza. Precisamente los racionalistas andáis á todas horas vociferando contra el misticismo de ciertas prácticas piadosas, que, según vosotros, no sirven de provecho alguno al prójimo, en socorrer al cual parecéis á veces hacer consistir toda vuestra religión. Pues bien. En lo de la Bula, la Iglesia conmuta la abstinencia, que es obra de la cual os burláis, en esotra obra que á todas horas andáis panegirizando, la limosna. Sí, señor. ¿No deseabais positivismo, beneficencia, bien á la humanidad y todas esas cosas más allá de las cuales no alcanza más vuestro míope naturalismo? No habléis, pues, contra la

Bula, pues las limosnas que por sus privilegios se dan van al culto de Dios una parte, descargando algo al Estado de la obligación que pesa sobre él de atender á esta deuda sagrada: á la reparación de templos otra, es decir, á la conservación de una porción de edificios, muchos de los cuales son verdaderos monumentos del arte; y, por fin, una tercera á hospitales y casas de beneficencia, donde se convierte en caldo, medicinas, pan, vestidos, instrucción, consuelo y demás auxilios para el hijo del pueblo necesitado. De suerte que las maldécidas limosnas de la Santa Bula salen de los fieles católicos del pueblo español, y vuelven á ese pueblo español en la forma que te acabo de referir. De eso no llega un cuarto á Roma. El Papa, que otorga al pueblo español la dispensa, no saca de ella un solo real, ni lo saca el Obis-

po que hace la promulgación en su diócesis, ni el Párroco que la hace en su localidad. Las manos del Cura juegan muy limpio en esto como en todo. ¿Puede decirse lo mismo de otras manos que no son las del pobre Cura?

—En resumidas cuentas...

—Sí, señor, en resumidas cuentas hay aquí lo siguiente: Que no saben lo que se pescan los que blasfeman contra la Bula. Que la Iglesia, que ha impuesto á los fieles ciertas mortificaciones corporales durante el año, puede dispensar de ellas cómo y cuándo y en la forma que crea conveniente. Que mediante la Santa Bula dispensa de algunas en ciertos días, conmutándolas para los ricos en una limosna, tasada allí mismo según su haber; para los pobres en una oración. Que por ricos entiende la Iglesia los que no necesitan de su jornal diario para

vivir, y por pobres los que lo necesitan: clasificación que no puede ser más indulgente. Que tales limosnas, el que las debe dar, acredita haberlas dado firmando el diploma y prestando á la vez un acto de fe y acatamiento á la jurisdicción de la Iglesia que con esto reconoce. Que los fondos llamados de Cruzada tienen hoy, terminada la necesidad primera que les dió nombre, un destino muy conocido, y que no sale de España. Que los Curas no tienen en eso ni un céntimo para sí, ni lo tienen los Obispos, ni lo tiene el Papa. Añadamos por remate y contera que los Curas han de pagar como los demás fieles la limosna general de qué se trata, más otra especial propia de su estado y que nadie paga más que ellos. De modo que por ser Curas pagan doble que el seglar, sin que les valga la consideración de pobres, aunque algunos de ellos lo sean como ratas.

—¡Hombre! Se queda uno lelo oyendo á los cuarenta años cosas tan nuevas y peregrinas.

—Viejas son, amigo mío, aunque te las haga nuevas tu completo desconocimiento de lo que más debieras saber. ¿Qué conocerá en este mundo quien empieza por no conocer su Religión? Y con todo ¡oh insolencia! ¡oh temeridad! ¡se empeña el mismo que no la conoce en hablar á roso y velloso de ella, y en atacarla y en hacer coro con bobadas y majaderías á sus enemigos!

A. M. D. G.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... a la moda**, copiados al natural, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *atólicos... a la moda*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **¡Guerra de frente!** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasonica*.
14. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois.
20. **Cómo se explota a los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro IV, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Carta a un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

obreras, por D. Francisco de P. Ripas y Servet, Pbro.

31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pío Mandata, S. J.

32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pío Mandata, S. J.

33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.

35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.

36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al crómo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 id., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 ídem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.